

Toda esa gente

MARIO ESCOBAR VELÁSQUEZ



Escobar Velásquez, Mario, 1928-2007

Toda esa gente / Mario Escobar Velásquez; prólogo de Emma Lucía Ardila J. –
Medellín: Editorial EAFIT, 2021.

482 p.; 23 cm.-- (Biblioteca Mario Escobar Velásquez)

ISBN 978-958-720-733-0

ISBN 978-958-720-734-7 (versión EPUB)

1. Novela colombiana – Siglo XX. I. Ardila J., Emma Lucía, pról. II. Tít. III. Serie
C863 cd 23 ed.

E746

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Toda esa gente

Primera edición: 1985 Thulé Editores

Segunda edición: 2005 Hombre Nuevo Editores

Primera edición en la Biblioteca Mario Escobar Velásquez: septiembre de 2021

© Fundación Mario Escobar Velásquez

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 Sur-50

Tel. 604 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/editorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-733-0

ISBN: 978-958-720-734-7 (versión EPUB)

Edición: Marcel René Gutiérrez

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Ex-libris: Santiago Orozco Duque

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin
la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto
Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconoci-
miento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación
de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta
el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin
la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

Nota editorial	5
Prólogo.....	7

Toda esa gente

Capítulo primero	23
CUATRO PERROS	
Capítulo segundo.....	45
LA ÑATA. EL INDIO. CUATRO PERROS. LA DANTA	
Capítulo tercero	77
MARINA. CUATRO PERROS. EL TIGRE. LUISA. EL TÍO. TOLOSA	
Capítulo cuarto.....	125
LUIS EDUARDO. LA GAVIOTA	
Capítulo quinto.....	157
ENRIQUE. GRACIELA. AMANDA. ALAÍN. LIBARDO	
Capítulo sexto.....	251
GERARDO. SOFÍA. RITICA	
Capítulo séptimo.....	277
MARTÍN EMILIO. HONORATO. JULIA. ANATILDE	

Capítulo octavo.....	307
DON FRANCISCO JOSÉ. PERUCHO. EL SAN JOSÉ DE PEGA.	
GENOVEBA. LA PURÍSIMA	
Capítulo noveno	347
SOLA. ARCÁNGEL. ARCÁNGEL HIJO. MECHAS	
Capítulo décimo	375
HUGO. TERESA. TERESITA. ALAÍN	
Capítulo undécimo.....	407
TERESA. MECHAS. ALAÍN	

Nota editorial

Esta novela de Mario Escobar ha tenido dos ediciones anteriores, en 1985 por Thulé Editores y en 2005 por Hombre Nuevo Editores, y, como a los personajes que la habitan, el tiempo también obró en ella, cambiándole su estructura entre una y otra. Para esta ocasión, decidimos seguir la segunda, confiados en que las modificaciones fueron hechas por el autor. Además, actualizamos el uso de las tildes y las mayúsculas, agregamos unas cuantas preposiciones que parecían haberse quedado en el camino y fijamos la esencia de una bebida que para el desayuno tomaba Cuatro Perros, pues al momento de envasarla era una, pero al servirla habíasele transmutado en otra. Sin embargo, conservamos sus modos y sus decires, como esos con los que nombra a las prostitutas y su barrio, para que sea la voz del narrador, ese trasunto de Mario, la que continúe contándoles a los lectores las historias de *Toda esta gente*.

Prólogo

Con la aparición de los títulos *Toda esa gente* y *Lanzadera*, este último en proceso de edición, se completan dos libros más de la Biblioteca Mario Escobar Velásquez, surgida gracias a la iniciativa de Claudia Ivonne Giraldo y al trabajo mancomunado de tres editoriales: las de la Universidad EAFIT, Hilo de Plata y Sílabas Editores. Estas novedades confirman y celebran la acertada idea de reunir la obra dejada por este escritor, para gusto de sus lectores y como reconocimiento de un autor que bien vale ser tenido entre los buenos de nuestra literatura.

La casa de la infancia es la verdadera; a esa volvemos una y otra vez, como si se extendiera en el tiempo. Y también, por extensión, volvemos a quienes nos antecedieron, a quienes de manera directa o indirecta determinaron los caminos que hicieron posible cuanto somos y nos marcaron para siempre. No en vano en este libro de Mario Escobar aparece en el epígrafe un poema de Constantino Kavafis, “Voces”, esas que “regresan desde la primera poesía de nuestra vida / como música que borrara lo ajeno y las tinieblas”, porque *Toda esa gente* es una saga del clan familiar del escritor. Capítulo a capítulo, resaltan los personajes minuciosamente contruidos, los que con su trasegar fueron sellando su propio destino y el del grupo al que pertenecieron. Y paralelo a ello, se teje también una filosofía, una esencia extraída de todos los seres que aquí

desfilan, orquestada por el narrador, Alaín, quien reconstruye la historia a partir de los relatos de los sobrevivientes, en especial las tías.

Alaín, como es sabido, es el *alter ego* de Mario Escobar; aparece en otras de sus novelas, como narrador y personaje, dando redondez a su obra. El lector puede seguirlo y armar su idiosincrasia, consistente. Alaín es un escritor, y como tal, es también un observador nato, no solo del comportamiento de las personas sino de los animales y del entorno. Interroga constante los porqués de las cosas, ama los libros, la pesca, la cacería, las armas y es un romántico enamorado del amor, del erotismo y de la belleza.

En general, la estructura conserva el orden de las generaciones, aunque va y viene en el tiempo, porque cada vez que enfoca la mirada en un nuevo miembro de la familia, es necesario retomar el ovillo de la procedencia, de las razones, de las consecuencias que toman forma en los descendientes. Alaín es el tatarachozno, hasta allá se remonta esta historia, cuyo clan encabeza la abuela, apodada la Ñata. Una mujer sorprendente por su sabiduría; por sus dotes y conocimientos médicos –cuyas recetas y preparaciones provienen de un saber ancestral y del uso de hierbas medicinales–; por su capacidad de leer en los pacientes más allá de sus síntomas, su carácter y hasta sus circunstancias. Fue una yerbatera por los tiempos en que todavía Antioquia era grande, cuando aún no se había dividido, y lo fue de leyenda, porque sus pacientes recorrían grandes distancias para obtener los remedios y lograr la cura de sus dolencias. Ella fundó un emporio con hotel, consultorio, tierras dedicadas al cultivo de las hierbas y un laboratorio para procesarlas. Alaín no escatima descripciones, es fascinante seguir los modos, los ingredientes, las preparaciones y los remedios para muchas enfermedades. Y a su lado está un indio embera, él

comparte saberes con ella y es el encargado de conseguir en tierras lejanas los implementos necesarios.

Inevitable recordar entonces otro libro del autor: *Muy caribe está* (Editorial EAFIT, 1999, 2020), porque también allí aparecen los indios caribes, sus conocimientos, la forma detallada de extraer y preparar los venenos para sus flechas, igual a como sucede con el embera. De esta forma se produce un doble movimiento en la narración, porque, por un lado, los libros de Mario Escobar crean vasos comunicantes que dan unidad a su producción estética, y por el otro, en esta saga, los eslabones familiares forman un conglomerado que a todos atañe, descrito de manera precisa por el narrador al comienzo del capítulo undécimo:

La vida es una cadena de hechos que se empatan. Los unos generan a los otros, para eslabonarse. Quien ha vivido lo bastante –y ha sido observador– dirá sin vacilar que no hay hechos aislados y con esto habrá expuesto toda la filosofía del determinismo [...] Lo cierto es que venimos condicionados. Que no podemos ser distintos a como vinimos conformados. Que para ser lo que somos estuvimos atados a toda una cadena sin término de hechos que se hunden en el pasado, hasta agotar el número de las generaciones, y que a nuestro modo y sin nuestra conciencia estamos determinando cómo van a ser los que vendrán después de nosotros y son la misma sangre y la misma carne de sus abuelos que pasó a nuestro través.

Hay además ecos de otras de sus novelas en temas como la distancia de Aláin con el padre y la pobreza, en *Música de aguas* (Hombre Nuevo, 2007), donde también el protagonista escapa de su hogar; o escenas de caza, una danta en este libro y un tigre tanto en este como en *Historias de animales* (Thulé Editores, 1994). Y en

Toda esa gente, como en sus demás publicaciones, la prosa de Mario Escobar atiende a un estilo largamente buscado y al amor que sentía por las palabras; se construye sin afanes, pero incansable, en pos de una perfección que lo obsesionaba; quienes lo conocieron pueden atestiguarlo.

A veces las historias tienen tintes fantásticos, debido a la hipérbole de que hace uso el autor, recurso al que acude no solamente por el estilo que le era propio, sino también llevado por un interés genuino por el comportamiento humano, que lo mueve a ahondar en las diversas manifestaciones del carácter, especialmente en sus particularidades. Estos rasgos, salidos de lo cotidiano, los comparten sobre todo los dos primeros parientes: la Ñata y su nieto, apodado Cuatro Perros. La abuela, por ejemplo, se comunica con Dios para que este le dicte los remedios que ella desconoce; Cuatro Perros busca guacas mediante la “técnica” del garabato, y las encuentra; el padre de Aláin sueña con una vida pasada, en la que fue gaviota; y Aláin mismo sabe con certeza que en otra existencia fue un atleta dedicado al salto.

Este último tema de la transmigración requiere un paréntesis, porque anuda con la tesis del autor, a la que ya se aludió, sobre el encadenamiento de las distintas existencias, pero llevado al extremo, y en la que Aláin cree con firmeza y la apunala con testimonios que su padre encuentra en otras personas con quienes habla.

Por otra parte, esta hipérbole puede obedecer a una razón más simple, pero atiende a una verdad: así son las transmisiones orales que a todos nos han enriquecido sobre abuelos y antepasados, con perfiles un poco míticos, engrandecidos por el cariño y el orgullo; o la vergüenza; o el odio hacia los congéneres. En este caso, resalta la destreza del escritor para entrelazar y apoyarse en razones y descripciones tan detalladas, que el lector acepta los hechos.

A través de las muchas historias aquí narradas, el lector encontrará personajes sólidos y complejos; una gama de sentimientos y caracteres diversos; hechos interesantes; anécdotas divertidas; e incluso comportamientos inauditos; todo ello mostrado con acciones y descripciones, fruto de la meticulosa observación y de la maestría de la que Mario Escobar hizo gala a lo largo de toda su producción literaria. Aparecen tanto la sabiduría como el odio y el deseo de venganza; la maldad sin reatos de conciencia; los celos, los rencores; el amor con su porción de egoísmo, de pasión y de dolor; la bondad; la frialdad; la avaricia... La lista se extiende en este microcosmos que ilustra la rica y contradictoria condición de la que estamos hechos los seres humanos.

Emma Lucía Ardila J.

Toda esa gente

Esta es una obra de ficción y sus personajes y situaciones
son meramente imaginarios

El autor

Voces

*Ideales y profundamente amadas voces
de aquellos que murieron, o de quienes
se perdieron para nosotros, como los muertos.*

A veces nos hablan en los sueños.

A veces, pensando, la mente los escucha.

*y por un momento con su eco otros ecos
regresan desde la primera poesía de nuestra vida
como música que borrara lo ajeno y las tinieblas.*

Constantino Kavafis

Para Olivia Osorio Rivera

Para Wilealdo García Charris

Santa Fe de Antioquia, septiembre de 1981

Thulé, Urabá, diciembre de 1982

Medellín, Sajonia, Marzo de 1983

Capítulo primero

CUATRO PERROS

Los cincuenta años de vida hacen una edad gris. Cuando se llega a ellos, cuando “se arriba” como mal dicen las retóricas, quien los cumple sabe que no ha sido ninguna subida y sí un descenso, y que, sencillamente, uno ha ido gastado la vista, que sirve para de lejos y no para cercanías. Y se ha gastado el oído, que no capta ahora sutilezas, y la memoria se ha vuelto lenta y tortuosa, y prefiere las conexiones largas y enredadas a las inmediatas. Una memoria curiosa que recuerda a la perfección sucesos de hace cuarenta años, pero que olvida lo acaecido anteayer. Una memoria distraída que hace que uno se pare, a veces, en el cuarto a donde ha llegado, a inquirirse largos ratos a qué ha venido allí, porque en los pasos de venida lo ha olvidado. Y la piel ha perdido elasticidades, y ha recolectado –no se sabe en dónde– pecas. Unas pecas como de mantequilla rancia, que afean: van por el dorso de la mano, y suben: son la marca de los viejos.

Hace mucho que uno ha consolidado balances de la vida, y hallado que está a debe. De una manera o de otra uno ha dilapidado lo suyo. Ha malversado las horas. Ha ido desgastando todo, desgastándose en todo, y entendiendo que cada día está más desfasado con lo que fuera suyo: con la esposa, con el hogar, con los hijos. La

camaradería y la unión que parecieron indisolubles e insobornables han ido colándose por las fisuras inevitables de la rutina, por los agravios mínimos que a la larga causan erosiones graves como las de un agravio mayor, por las pequeñísimas heridas que se dan o se reciben y que a la postre forman una herida suma que entorpece.

La unión de dos que creyeron que un día se unían sin menguas ha ido debilitándose y se ha convertido por una magia mala y no deseada en dos soledades amplísimas, inentendibles. Y en esas dos partes que fueron una unión un día, o que la esperaron, hay una inercia capaz de transportar todo, pero el amor –si lo hubo– ya no está, y ha quedado un mal reemplazo que se llama costumbre.

Y está el cansancio de lo vivido. Un cansancio que pesa, que es en sí un otro fardo para llevar. Un cansancio que tiene que ver con lo que ha ido sabiéndose: que no se va a ser ya nunca el más sabio de la región o del pueblo, ni el más rico, ni el más ponderado. No es lo que se supuso de joven que se sería: lo que se llegaría a ser mediante sus esfuerzos y capacidades. Pero nunca lo fue: se fue una medianía. Una de tantas como hay. Un don nadie entre los don nadie, sin tiempo –ahora– para tornar las cosas, ni fuerza para tornarlas. Hasta las ambiciones de ser algo se acabaron, y uno se ha resignado a lo que parecía irresignable: a ser la medianía que es.

Ya no quiere sino una cosa: paz. Solamente eso: ser un don nadie en paz, quieto, sin afanes, sin preocupaciones. Pero eso tampoco lo consigue, porque la vida es guerra. La paz es quietud y la vida es movimiento. La paz es inercia y la vida es dinámica, y puesto que se está vivo con cincuenta años de recuerdos auestas, no se tiene la paz: la vida no la da nunca. Esta viene –tal vez– con la muerte.

Tampoco se tienen a esa edad ambiciones ningunas: de una u otra manera se ha sabido que no tener ambiciones es igual que tener

cómo satisfacerlas, pero que lo primero es más sencillo. En otras palabras, no querer ser sabio es ya serlo, no querer tener riquezas es ya disfrutarlas, no ambicionar nada es tenerlo todo.

Ya, tampoco, se espera nada. Ya se sabe que el universo es hermoso pero monótono después que ha terminado uno de descifrar su porción inmediata, y sabe que la rutina, que es lo que lo ha oxidado y envarado, es también cómoda. Cómoda en el consuelo o el desconsuelo: uno se deja atar y la rutina lo lleva.

Ya los hijos han crecido y hacen sus vidas propias. Vida propia significa exclusión de su vida a los padres, y queda un cariño, una unión elástica que no es la unión estrecha de antes. La familia, como la entendió el padre y la vivió, desaparece sin más, y apenas quedan unos individuos que tienen un pasado en común, pero a quienes los pasados no interesan mucho porque el pasado no tiene interés más que para los viejos que lo consideran siempre mejor que el tiempo actual. Es lógico, tal vez, si es que en ese pasado fueron jóvenes, sin entender bien lo que es la juventud: esta no se entiende bien más que cuando se ha perdido. Es paradójico, pero es como es: se es joven no solamente sin comprenderlo, sino sin merecerlo. Y hay un agravante: los jóvenes no necesitan de los viejos, tienen en sí todo el calor que necesitan. Pero el viejo, que ha entrado en una región fría, sí necesita de los jóvenes. Pero es una necesidad que se oculta como una necesidad: uno la recoge y la tapa como a una lacra. Y se hace creer a sí mismo que bien puede bastarse: pero no se basta, ahora.

Con algo más de los cincuenta años encontramos a Cuatro Perros, que en una de sus mulas mejores va de Buenos Aires a Jericó, navegando el barro de invierno. No fue nunca de mucha alzada ni de mucha talla: es más bien menudo, hoy como ayer; hoy un poco más grueso, solo un poco más, porque el lidiar con

muletos, amansándolos, no deja que la grasa se acumule. Bregar con ellos, los soles a la espalda, o la lluvia, necesariamente mucha fuerza a la vez que mucha suavidad en las muñecas y en los brazos. Cuatro Perros, siempre con los ojos verdes, tigrosos, y siempre la barba rubia, y tostada la cara, y siempre los dientes menudos y nacarados asomándole por entre las sonrisas de a veces. Los tiene completos, con sus muelas: treinta y dos piezas. Han sido lo que más ha querido en la vida. Desde niño les ha dedicado una buena parte de cada jornada. Ha tenido siempre a mano numerosos listones de limoncillo, cuyas puntas aguza con una curia infinita valido de una navajilla de muchos filos, y con esas puntas hurga por entre cada intersticio. Ha usado hojas de guayabo para frotarlos porque son ligeramente carrasposas, frotaciones que extiende a las encías, rosadas y firmes. Y luego de cada comida los lava con unos paños muy limpios, untados de jabón, y luego los enjuaga con bicarbonato. De él se dice que, en camino, si no tiene a mano sus paños de limpieza, prefiere no comer. Y es tal vez don Francisco, a quien le abreviaron el nombre, dejándolo en Quico, el único personaje de la región que a sus años tiene la dentadura completa, y limpia, y sana.

A su modo se inventó los cepillos de dientes. Había ideado, desde joven, algo como eso: una pala con pelos rígidos, bien empotrados para aguantar fricciones, y un mango. Pero en su pueblo, alejado de la capital y ayuno de industrias, nunca halló los materiales deseados ni las herramientas para procesarlos. Y para comercializarlos, pues les veía las posibilidades. Ensayó cuanta fibra tuvo a mano: con el fique, con el cáñamo, con raicillas de plantas, con fibras de los tallos. Y algunas no daban rigidez, otras se pudrían rápido con el uso, otras eran escasas y no se podrían industrializar. A más, sus herramientas eran burdas, destinadas a menesteres menos finos, y entonces sus cepillos eran toscos y mal acabados. De todos modos,

como lo que le interesaba era menos industrializados que tener sus dientes limpios, cuando conoció un pincel de los que usaban los pintores, que recortó para que las cerdas fueran rígidas, acabó sus ensayos porque con el pincel cepillaba.

Cuando los cepillos para dientes llegaron, industrializados y comercializados, él pensó que en algún otro país había otro Cuatro Perros con máquinas mejores y mejores materiales que había inventado el adminículo lo mismo que él, porque era así como lo había concebido desde años atrás. Solo entonces, en posesión de buenos cepillos, abandonó los listones aromados de limoncillo y sus paños de frotación, pero nunca abandonó el jabón por la crema dental, pues decía que esta no limpiaba bien, sin penetrar.

Va en su mula mejor, navegando el barro. Usa camisa de manga larga, parda. En el carriel lleva el invariable revólver del 0.44 de cañón corto, y una bolsita de dril llena de tiros, y sus ojos desconfiados no dejan de escudriñar cada curva que se avisa adelante, de interrogar a cada recta, de barrer cada cañada. A nadie le ha dicho que viajaría, pero le parece que lo esperan. Las gentes de Tolosa, que tuvieran motivos para tomar venganzas en él, han muerto hace mucho: en la batalla última que dieron, o en los recovecos de la vida, después; pero las desconfianzas de Cuatro Perros no han muerto, y las supone por allí –aún e inverosímilmente–, y va con los ojos por avanzadillas y con los oídos por retaguardia, precavido. Va como ha ido siempre, tomando con la mano hojas y ramitas, y estrujándolas entre los dedos: les toma el olor. Luego el sabor, llevándolas a la boca, mordisqueándolas y saboreándolas. Las mastica hasta que son un grumo, y las escupe. Es una costumbre heredada de su abuela, la Ñata, y sabe entonces de los tonos de lo dulce, de lo ácido, de lo suave y de lo picante, de lo agreste que las plantas tienen como su carácter.

Va pensando –y entorna los ojos al pensarlo– que cada día le gustan más las muchachuelas. Y que es, cada día que pasa, más rijoso, y más capaz de desempeñarse bien con ellas: lavanderas, bajo un guayacán; criaditas de la casa, afuera en los cafetales, sobre costales y ruanas; hijas de sus mayordomos, en los mangones soleados y solos. Piensa con complacencias y en meandros que se hace que las “ratitas tiernas son para los gatos viejos” que saben masticar bien, y hace desfilar por los vericuetos de la memoria toda una larga teoría de mujeres habidas: todas jóvenes y ardidadas en el fuego que juntos prendieron. Un fuego secreto, para dos. Un fuego que él transportaba de una a otra. De un cuerpo que se apagaba a la larga a otro que se prendía. La vida era eso, y era mejor que criar mulas o vengarse. Para amar era siempre joven, pero sapiente, y ¡gracias a Dios!, lo único que no acusaba deterioros era su sexo. Piensa que aplica la ley del embudo, lo ancho para él y lo estrecho para Luisa, su esposa, y se dice que él no hizo la ley tal aunque se goce de su disfrute. Y se dice, aunque no lo admitiría ante ninguna, que a ellas y a las mulas hay que adiestrarlas y que es cosa de paciencias muchas y sabidurías añejas. Y sonrío, resabido.

Piensa en la abuela, y se dice que ya se habrán desecho sus huesos, que la cal de que estuvieron contruidos debe haberse reintegrado hace tanto a las profundas calizas subterráneas a donde van disueltos por y en el agua los huesos de todos los que fueron. Piensa que si ejerciera el conocer heredado de la abuela encontraría clientela rápidamente, y que solucionaría así tus trastornos económicos y de una vez por todas. Lo buscan, mucho, para que medicine, cobijado por la imperecedera fama de la abuela. Pero se dice que no, que no le gusta mucho la gente, que no le gusta conversar con ella, que no quiere interrogarla ni oírle quejarse, que no tiene conmiseración de sus dolores, y que así no sería justo con los

enfermos. Al pensar en la abuela los ojos se encharcan en amores. A nadie quiso ni admiró más.

Piensa que nunca ha trabajado en serio. Que el yegüerizo y las mulas han sido a la larga una manera de gastar el oro de la abuela, divirtiéndose. Que siempre ha ido a pérdidas, y que ahora se acaban los ahorros y que no sabe qué hacer. Tiene aún una obligación pesada, y en los últimos diez años ha ido deshaciéndose de una finca, y de otra, y de un ható de ganados y de otro. Porque en donde se saca de continuo y no se echa se acaba: que él, Cuatro Perros, no ha hecho sino sacar, nunca ha echado. Y se reprocha. Tiene dentro de sí malas palabras para sí mismo. Se dice que no es sino gastador, no hacedor. No es buen negociante, no le gusta curar, no les pone cuidado a las fincas: se distrae con sus mulas, pero que eso no es trabajo y no produce.

Mientras piensa va atento a la mula. La mano, sabia, transmite instrucciones con la rienda, y las rodillas, atentas, corrigen mañas, como todo buen jinete que apenas precisa de las riendas pues todo el trabajo lo hacen las piernas.

Va en sus pensares al banco de Jericó: allá tiene sus últimos ahorros. Esos, con su casa propia, con la casa de la abuela de la cual no ha querido deshacerse, y con algunas mulas y ganados, es todo lo que queda de los oros profusos y amarillos que ella le dejara. Todo lo ha comido él, con su familia enorme. Todo lo ha masticado, de a pocos. Casi nunca hubo en casa menos de veinte bocas que masticaran cuatro o más veces al día. Todo lo masticado salió de ese oro. Esas bocas devoraron haciendas, muladas, casas, ganados, préstamos en interés, bonos hipotecarios. Ya Cuatro Perros no es rico, y siente dentro de sí mordiéndole las tripas, el desespero: pronto no habrá de dónde sacar.

De hace meses, a raíz de sus preocupaciones por el oro que se acaba, y que alguna vez creyó inagotable, ha revivido, ahora sí

con urgencias y necesidades, no como antaño con meras curiosidades, la certeza de que el tesoro de la abuela era mayor y que él tuvo solamente una parte. La certeza de que el indio escondió lo mayor en algún lugar, con marrullas de indio. Ha hecho las viejas cuentas de sesenta y más años de recetar de la abuela, y los réditos consiguientes. Trae a las circunvoluciones del cerebro el desfile incesante, innúmero, de enfermos: día tras día, uno tras otro, hasta los festivos. Sin descanso. Y suma las monedas que tuvo y compara con las que deben ser, y halla un saldo muy crecido que debe estar escondido en alguna parte.

Se hizo enseñar de un viejo guaquero la técnica del garabato: una horqueta de sauce, bien seca la madera, con corazón blanco, que al ser sostenida así y asá al ir caminando señalaría los emplazamientos del agua o del oro, porque se agitaría hacia abajo muy perceptiblemente. Nunca había dudado de que funcionara, pero fue grande y hermosa la sorpresa que tuvo cuando la sintió chapalear violentamente en las manos, como un pez que se debatiera y quisiera escapar, yendo por el patio enorme en la casa de la abuela en una de sus búsquedas del tesoro. Y el guaquero, traído a opinar, que sintió igualmente los chapaleos, dijo:

—Hay agua aquí debajo, y mucha. Ese pozo estuvo bien sembrado.

El guaquero le dijo que las sacudidas que causaba el oro no eran tan violentas, y él se aplicó a aprenderlas hasta que fue capaz de hallar en un potrero grande la moneda que su maestro escondía. De hallarla siempre, aunque se gastara varios pasones y estuviera enterrada superficialmente, él cruzando el campo como si lo arara muy fino.

Pero aunque con la varita inclinada cribó todos los terrenos posibles no halló nada.